Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Herausgeber: Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)

Band: 59 (2012)

Heft: 3: Fascículo español. Archivos y manuscritos hispánicos : de la crítica textual a la critique génétique

Artikel: Literatura de la crisis/Literatura en crisis

Autor: Rosa, Isaac

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-323611

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 15.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Literatura de la crisis / Literatura en crisis

Me referiré en este texto a tres elementos: uno omnipresente, y dos inexistentes. El omnipresente es la crisis económica; si bien tiene dimensión europea y alcance global, su incidencia es aún mayor en el caso de España. En cuanto a los dos elementos inexistentes, son los que dan título a este texto: la literatura de la crisis, y la literatura en crisis. Es decir, el reflejo de la crisis en la literatura española actual, por un lado; y la propia crisis de la literatura. Ambas, como digo, no existen, o al menos no tenemos noticia de ellas, como les explicaré más adelante.

La crisis en Europa y España

En primer lugar, la crisis. O más bien las crisis, pues habría que hablar en plural. Nos referimos en singular a la crisis económica que estalló en 2008, pero en realidad son varias crisis dentro de ella: crisis financiera, crisis de la economía real, crisis de la deuda pública, crisis del Estado de Bienestar, crisis del euro, crisis de los bancos, crisis del capitalismo. Sobre ellas se solapan a su vez varias crisis políticas, crisis de representación de la democracia parlamentaria, crisis social, crisis laboral, y otras crisis sectoriales y empresariales más o menos relacionadas con aquella, por efecto de la situación económica, pero también de los cambios tecnológicos.

Incluida, claro, una importante crisis de la industria cultural, que en el caso de España se traduce por ejemplo en una seria crisis del cine, que se ha quedado sin recursos debido a los recortes presupuestarios, y la prolongada crisis del libro de papel, debido a las dificultades económicas, al cambio de formato con el auge de los libros electrónicos, y a la propia crisis cultural de fondo de que luego hablaré.

Podríamos seguir la lista de elementos que están en crisis en este arranque de siglo: el declive de la supremacía estadounidense y occidental ante el ascenso de nuevos actores, la extensión de cada vez más «estados fallidos» que convierten amplios territorios en espacios sin ley, la sucesión de guerras, los cambios en el mapa geopolítico por las revoluciones en el mundo árabe, el deterioro ambiental, la amenaza del próximo fin de las energías fósiles... ¿Hace falta que siga enumerando crisis actuales?

En el caso particular de España, para seguir abundando, están en crisis también la confianza en la política, con una clase política bajo mínimos en su valoración ciudadana; el Estado del Bienestar, sometido a recortes en sus pilares básicos; el Estado de las Autonomías, que de repente entra también en revisión por los problemas económicos; los ayuntamientos, que acumulan deudas y ven peligrar su propia existencia en muchos casos; y últimamente también la monarquía, el rey y la familia real, han entrado en crisis a partir de una serie de comportamientos impresentables, que incluye un caso de corrupción en la familia real.

Es decir, que vivimos en un tiempo dominado por esa idea omnipresente: crisis. Aunque podamos adjetivarla como queramos, aunque queramos circunscribirla a alguna de las crisis, sistémicas, sectoriales, nacionales o coyunturales a las que me he referido, se trata de una crisis mucho más amplia, que extiende en los ciudadanos el miedo, la inseguridad, la desconfianza, la vulnerabilidad, la incertidumbre, el temor al futuro, notas dominantes en un tiempo en que vemos desmoronarse aquellos elementos, sociales, económicos, culturales o políticos que nos daban seguridad, por precaria que esta fuera; vemos desaparecer aquellas certezas con que vivimos durante décadas, sin que aparezcan otras certezas y elementos de seguridad en sustitución. Un cierre de época sin que seamos capaces de atisbar el nuevo tiempo que se abre ante nosotros.

Un siglo este que, sobra recordarlo, se inauguró con el desplome de las Torres Gemelas en Nueva York, que marcaba el comienzo de un nuevo tiempo, inestable, amenazador. Durante siete años nos acompañó el miedo al terrorismo global como representación de esa sensación de vulnerabilidad con que entrábamos en el nuevo siglo; hasta que en 2008 se cayeron otras torres, las del capitalismo financiero, con el derrumbe de Lehman Brothers y otros gigantes económicos, que metían en nuestras vidas otro cargamento de miedos, económicos, sociales y políticos, concentrados en la palabra más repetida en estos cuatro años: crisis.

Nuevos miedos recorren hoy Europa, nuevos miedos que se suman a los anteriores, pues el miedo es acumulativo, no resta, siempre suma. Los europeos, y de forma especial los españoles, tenemos hoy miedo a perder el trabajo (con más de cinco millones de parados en España); a quedarnos sin casa por no poder pagar la hipoteca (más de 300.000 desahucios en España desde el comienzo de la crisis), a perder nuestros ahorros si el banco se hunde, a que los servicios públicos sean degradados, privatizados

o liquidados, a ver recortados los derechos sociales, a no tener pensión en el futuro; miedo a que se hunda el euro, miedo al ataque de los mercados contra las economías nacionales; miedo al estallido social, a que la protesta se vuelva violenta, a que la democracia sucumba ante el empuje de la tecnocracia. Miedo al presente, pero sobre todo miedo al futuro, a qué será de nuestras vidas dentro de unos años, qué dejará en pie esta crisis que parece capaz de llevarse por delante todo, que extiende entre los ciudadanos la sensación de que la tierra se abre bajo los pies y las fachadas de los edificios se desmoronan a nuestro paso.

La literatura de la crisis

Paso a continuación a hablar del primer elemento del binomio del título: la literatura de la crisis.

En un momento como el referido, dominado por la crisis o las crisis, y en el que los ciudadanos vivimos en sensación permanente de incertidumbre, de vulnerabilidad, de angustia incluso, por el presente y por el futuro, cabe preguntarse qué papel juega la ficción, las ficciones, entre ellas la literaria.

De entrada, debo decir que son otras las ficciones que hoy dominan el discurso en Europa, antes que la ficción literaria, o incluso la cinematográfica o la televisiva. Las ficciones que hoy ocupan el espacio público, que hegemonizan el discurso, son el periodismo, la política y la economía. Más que los novelistas o los cineastas, son hoy los gobernantes, los economistas o los editores de prensa quienes detentan el poder de la ficción, con relatos más potentes y eficaces, de más fuerza narrativa de la que puede pretender la novela en estos tiempos. De modo que, puestos a preguntarnos por la literatura de la crisis, habría que empezar reconociendo que si existe tal literatura de la crisis, no está hoy en las novelas, sino en los periódicos, en los discursos políticos o en los informes de los organismos económicos, pues en sus páginas se construye la ficción de esta crisis, y se transmite a los ciudadanos, que somos lectores o espectadores de la misma.

Pero si nos referimos a las ficciones clásicas, las que ahora nos interesan, la literaria, la narrativa, las novelas, ¿qué lugar ocupa este tiempo de crisis en la literatura actual? ¿Qué reflejo encontramos en las novelas de

todas esas manifestaciones de incertidumbre, vulnerabilidad y miedo de que he hablado antes? O dicho con las palabras con que titulo la conferencia: ¿dónde está la literatura de la crisis?

Como ya avancé, hablamos de algo que no existe: no hay tal literatura de la crisis, al menos no la hay en el ámbito de la narrativa española, que es al que me refiero ahora. Tras cuatro años largos de crisis, con las consecuencias de todos sabidas, todavía no contamos apenas con literatura de ficción sobre la misma, novelas que retraten el drama de una sociedad que se ha despeñado de la prosperidad opulenta de años anteriores al agujero de una recesión sin fin que se lo come todo; el drama de una generación, la de quienes hoy se incorporan al trabajo, la de los criados en democracia, que será la primera que viva peor que sus padres desde la guerra; el desconcierto de los ciudadanos, el miedo al futuro. Todas esas emociones están, por ahora, fuera de la literatura. No tenemos novelas que reflejen esta realidad, pese a su abrumadora presencia en la vida española, en los medios de comunicación, en la calle, en la vida política; o tal vez debido a esa abrumadora presencia.

Uno entra estos días en una librería española y encuentra mostradores y mesas llenas de «libros sobre la crisis», pero son todos de economía, periodísticos o sociológicos; no hay una sección de «novelas de la crisis», pues apenas hay tales. ¿Por qué no contamos con novelas que retraten, interpreten, denuncien o simplemente reflejen el estado de ánimo dominante hoy en España, las incertidumbres de presente y de futuro, los miedos diarios?

Tampoco sorprende, por otro lado, que la literatura española viva de espaldas a la principal preocupación social, pues ha sido una constante en las letras de la democracia esa huída de cuanto de conflictivo hay en el presente. Basta pensar en un conflicto de tanta presencia política, social y mediática como el que ha supuesto durante décadas la acción terrorista de ETA, y el muy escaso reflejo que ha tenido en la literatura de estos años. Y lo mismo podríamos decir de otros conflictos de la España democrática.

Y todo además agravado por un malentendido con los lectores: la circunstancia de que la mayor parte de la narrativa que se publica hoy en España sea formalmente realista, se adscriba, al menos en lo formal, a la tradición del realismo literario. Eso, como digo, provoca un malentendido: el de tomar la literatura por un espejo de la realidad. Una realidad que, sin

embargo, es parcial, sesgada, deja fuera cuanto de conflictivo hay en la misma.

Además, cuando hablamos del alejamiento de la realidad de la literatura, debemos hablar de la narrativa española reciente. Insisto: española y reciente. Por una parte, creo que es una carencia propia de la cultura española, pues como lector no observo ese mismo desencuentro entre realidad y ficción en otras literaturas europeas, como la italiana o la francesa, en las que encuentro más presencia de esos elementos críticos; y no digamos ya la literatura latinoamericana, pues es allí, en los novelistas de México, de Colombia, de Argentina o de Centroamérica, donde la literatura en español muestra hoy todo su potencial para enfrentar realidades conflictivas, y al mismo tiempo donde mantiene una mayor ambición y creatividad en los aspectos formales, yendo ambos elementos de la mano: la mirada crítica a la realidad y la indagación formal.

Y digo «literatura española reciente», subrayando lo de «reciente», pues creo que no siempre ha sido así, que existe en España una tradición de literatura crítica, desde la picaresca al realismo social durante el franquismo, pasando por el realismo del siglo XIX o los muchos autores que en la primera mitad del siglo XX construyeron desde la literatura una mirada reflexiva y crítica con la España contemporánea. Por eso creo que se trata de un fenómeno reciente, propio de las letras de la democracia, al que me referiré posteriormente.

Pero fijémonos en la literatura que se escribe y publica hoy en España, y observemos las formas de enfrentar esa realidad problemática. Vemos que hay distintas formas de enfrentarse a la misma, y la mayoría pasan por evitar mirar cara a cara a esa realidad conflictiva y convulsa de crisis y miedo.

Por un lado, del mismo modo que ocurrió en Estados Unidos tras la crisis del 29, se ha producido una explosión de la novela negra, con cada vez más escritores entregados a un género que parece ser percibido como el más adecuado, como ya sucedió en los años treinta, para dar cuenta de un tiempo turbulento como este, en el que las instituciones entran en crisis y la desconfianza se extiende. Son muchos los novelistas que hoy practican el género en España, aunque debo decir que, en mi opinión como lector, y con las lógicas excepciones, lo hacen de manera bastante convencional e inofensiva, sin aprovechar el potencial que la novela negra tiene para mostrar el lado oscuro de la realidad.

Otra respuesta de la literatura actual al convulso presente es la mirada al pasado. Pero por lo general no para buscar en el pasado las raíces del presente que lo expliquen, ni para trazar paralelismos con situaciones análogas de otros tiempos, sino como una huida, una mirada al pasado que tiene mucho de nostalgia, el pasado como el tiempo en que ocurrían cosas que podían ser narradas –y comprendidas–, frente a un presente informe e inenarrable. Una huida a un pasado donde el escritor –y el lector– puede refugiarse en las certezas del tiempo histórico frente a la incertidumbre del presente.

Otra respuesta desde la literatura es el cinismo, tan extendido en las letras españolas desde el inicio de la democracia, fruto de la experiencia de una democracia asentada y acomodada, y de una digestión tardía y apresurada de la posmodernidad, y que en tiempos como estos, en los que se espera algo de los creadores, de los intelectuales, cuando los ciudadanos, los lectores, se sienten solos y sin referentes, la respuesta cínica participa del nihilismo y del fatalismo, renuncia al conflicto desde el descreimiento en las posibilidades de una literatura que ya no aspira a transformar el mundo, y que en cambio contribuye y mucho a conservarlo. El escritor cínico es un irresponsable, que parece escribir ajeno a ese terror económico del que hablaba al principio, o que recurre a la ironía como una defensa que haga más aceptable su renuncia.

En esta línea de alejamiento de la realidad, una respuesta llamativa de la literatura contemporánea a este arranque de siglo violento y de tintes apocalípticos es el encierro en la propia literatura. Se impone una literatura cada vez más autorreferencial, más cerrada al exterior, que gira sobre sí misma, metaliteraria, metaficcional, que convierte al novelista en protagonista de la novela (a menudo con su mismo nombre y apellidos), y que a menudo reduce la trama a la propia escritura de la novela, de modo que el círculo se hace cada vez más estrecho.

Con estas estrategias los escritores se ponen a salvo de la terrible intemperie, de sus propios miedos. Se ponen a salvo, y proponen a los lectores un lugar donde estar a salvo: la literatura como un refugio frente al apocalipsis.

¿Por qué entonces no existe apenas literatura de la crisis, teniendo en cuenta la centralidad de esta? ¿Hay alguna incapacidad, alguna incompatibilidad, algo que impida a la literatura mirar cara a cara a un tiempo turbulento como este? ¿No sirven las herramientas del novelista para

formular esas preguntas hoy tan necesarias, para intentar encontrar respuestas, para indagar en el espíritu convulso de la época, para construir, como ha hecho la gran literatura históricamente, los cimientos morales de la sociedad? Si la literatura ha sido durante tanto tiempo una intermediación entre los lectores y el mundo, una propuesta de interpretación, una mirada, una búsqueda, ¿por qué cuando más falta hace, en momentos como este, no cumple esa función?

Debo aclarar, llegados a este punto, que cuando hablo de una literatura de la crisis, de una narrativa que indague esa realidad, que arroje una mirada crítica sobre el presente, no estoy pensando necesariamente en una novela documental, periodística, en una novela que se dedique a retratar las situaciones más obvias: el paro, los desahucios, los recortes al Estado de Bienestar, el miedo de las familias.

Siendo necesaria esa novela documental, que tampoco existe, y que se correspondería con un realismo clásico, yo voy más allá, y me refiero a la necesidad de una literatura que abra una reflexión más profunda, que sepa ir al fondo de esa realidad, que sepa caracterizar esa sensación de vulnerabilidad, de malestar, de desasosiego, de desesperanza ante el futuro, de violencia, de mundo en descomposición, de que hablaba antes. Por tanto, una literatura que no necesariamente debe ser realista. Basta pensar en la obra de Kafka, como mejor ejemplo de la manera en que los elementos nada realistas caracterizan la angustia del hombre en su tiempo.

Y para ese objetivo, la literatura es el medio ideal. Aunque los propios autores parezcan mostrar desconfianza hacia las armas de la literatura, y las rindan a esas otras formas de ficción contemporánea, el periodismo, la política o la economía, pienso que la narrativa de ficción sigue siendo la mejor ventana al mundo, sigue teniendo un potencial enorme, una gran eficacia. De ahí que otros se acerquen a la narrativa y se apropien de sus recursos, por su potencial y sus discursos.

Mientras los novelistas parecen desconfiar de las posibilidades de sus herramientas, otros las utilizan, y con mucho éxito. Basta ver la manera en que se ha ido construyendo el discurso dominante sobre la crisis, desde el periodismo, la política o la economía: lo ha hecho con una base narrativa evidente, construyendo un relato: la crisis nos la han contado, nos la siguen contando, todos somos consumidores de ese relato, cuyo éxito está en su fuerza narrativa, en ser un relato persuasivo, disuasivo cuando lo

necesita, que convence, que seduce como sólo logra convencer y seducir la gran literatura.

De modo que el discurso hegemónico de la crisis, el que construyen la política, la economía o el periodismo, sí cree en el potencial de la narrativa, en la fuerza de las metáforas, de la palabra, del relato. Cree en ello mucho más que todos esos novelistas que parecen no confiar en las posibilidades de la literatura para mirar el mundo.

Hago un inciso en mi reflexión para situar mi propia literatura en este contexto: yo sí creo en esas posibilidades de la ficción, en ese potencial de la narrativa. Creo, con la misma convicción que esos fabricantes de relatos que se apoyan en materiales narrativos, creo que nuestro pensamiento tiene una base narrativa, que entendemos el mundo a partir de construcciones narrativas, de historias, de cuentos si quieren, que nos cuentan y que nos contamos. Para mí la literatura, la narrativa, es una forma de pensamiento, una forma avanzada de pensamiento, una vía privilegiada de indagación y de intervención sobre la realidad. Si a ello sumamos el alcance, la difusión, la recepción que tiene la ficción en los lectores y espectadores, no nos quedará más remedio que reconocer esa capacidad que otros parecen dudar, y deberemos concluir que, frente a esos relatos dominantes que nos explican la crisis, también nosotros deberíamos ser capaces de construir otros relatos que se opongan a aquellos, que los impugnen, que los cuestionen o los reemplacen.

La literatura en crisis

Paso ahora a la segunda parte del título, igualmente inexistente como dije al principio: la crisis de la literatura, entendida por tal, insisto, la narrativa española reciente.

Como ya he contado antes, la palabra más pronunciada en este comienzo de siglo, el *trending topic* de nuestro tiempo, por usar la fórmula de las redes sociales, es «crisis». Lo es desde el momento en que todo y todos hemos entrado en crisis, y el estado del mundo parece ser de crisis permanente. Como dije al principio, todo y todos están en crisis: la economía global, la Unión Europea, la zona euro, la democracia, la hegemonía norteamericana, los países árabes, la cultura, la izquierda, el libro de papel, los medios de comunicación, la prensa escrita de kiosco, la

diplomacia después de las filtraciones de wikileaks, y todo tipo de industrias, sectores, profesiones, regiones y países enteros obligados a reinventarse para sobrevivir, cuestionados en su propia identidad, y sometidos a transformaciones e incertidumbres.

¿Todo está en crisis? No, no todo. Del listado de crisis anterior –que no es exhaustivo, podríamos llenar varios párrafos con la enumeración- llama la atención la ausencia de un elemento que hasta ahora parece inmune a esta era de las crisis: la literatura española. O para ser más precisos, la novela española. Nadie ha oído hablar de la crisis de la narrativa española. Porque no existe tal cosa. No hay artículos de prensa, ni debates culturales, ni seminarios universitarios, ni polémicas públicas, ni chistes siquiera, que se refieran a tal crisis, inexistente por completo.

Sí hay crisis, por supuesto, en la industria editorial -ya desde antes de la caída del consumo y de la llegada del libro electrónico-, o en las librerías, pero no hablamos de fabricar o vender libros, sino de escribirlos y leerlos.

¿Por qué no está en crisis la narrativa española? ¿Por qué no está en crisis en un momento en que todo ha entrado en crisis? ¿Significa que goza de buena salud? Yo no lo creo, y como yo otros lectores cada vez más desinteresados por las letras españolas. Sé que hay no pocos lectores (también críticos e investigadores) que sostienen que la narrativa escrita en España vive un momento dorado, o que sin llegar a tal entusiasmo sí conceden que es la mejor posible, la propia de una sociedad democrática sin grandes conflictos. Pero yo disiento, y veo una literatura que de forma mayoritaria resulta más bien plana, tanto en los temas elegidos como sobre todo en los aspectos formales.

Una literatura, además, que como antes comenté ha dado la espalda sistemáticamente a la peor crisis en décadas que está viviendo el país. Una literatura que, en plena convulsión económica, política y social, sigue produciendo novelas sobre cualquier asunto menos sobre lo que nos está ocurriendo. Es decir, una narrativa ciega, o que se tapa los ojos, que huye del conflicto, que elige otros caminos más cómodos, y que por ese camino abandona a los ciudadanos en un momento en que están necesitados de respuestas, fracasa en el papel que tradicionalmente se le ha asignado, el que siguen esperando los lectores, los ciudadanos.

Y sin embargo, con todo lo anterior, dando la espalda a la realidad, y sin mostrar tampoco mucha ambición en lo formal, la narrativa española

no está en crisis. ¿Por qué? ¿Por qué una literatura que no vive precisamente un momento de esplendor no ha entrado en crisis en un tiempo en que todo alrededor se tambalea? Ahí va mi respuesta: pienso que la ausencia de crisis en las letras españolas es reflejo de su irrelevancia. Una irrelevancia –pública, pero también histórica- que es efecto de ese carácter plano del que hablaba antes: una narrativa sin carácter, inofensiva, con poca capacidad de interpelar a los lectores o abrir debates –literarios, culturales, pero también sociales, políticos–, que vive ajena a cuanto de conflictivo hay en nuestro país, que se conforma con ocupar un espacio pequeño y más bien secundario, y cuyos actores –autores, editores, lectores, críticos, universidad– viven, en su mayoría, en una preocupante autocomplacencia.

Por supuesto estoy generalizando, e inevitablemente paso por alto las excepciones –que no son pocas–, excluyo a aquellos autores que no responden a lo descrito: autores que consideran que la crisis debe ser el estado natural de toda labor creativa, y que piensan (pensamos, aunque sería pretencioso incluirme entre ellos) que la literatura española necesita una crisis que la saque de ese estado de placidez que la condena a la irrelevancia. Porque, insisto: la crisis debería ser el estado natural de una literatura viva. Lo contrario es una literatura disecada, inmóvil, conservadora, empequeñecida.

Encontrar la explicación a esa irrelevancia, a ese acomodarse a la irrelevancia, y a ese dar la espalda a las realidades más conflictivas; averiguar por qué en un momento de grave crisis no existe ni literatura de la crisis ni crisis de la literatura, obligaría a un análisis cultural y sociológico que escapa a las posibilidades y al tiempo de esta conferencia. Así que, entre las posibles causas, sólo comentaré brevemente una de ellas.

Creo que el de la irrelevancia y el desentendimiento de la realidad no es un problema exclusivo de la narrativa: es extensible, con distintos matices, al conjunto de la cultura en la España democrática. Y tiene que ver con la manera en que durante la Transición se pusieron las bases culturales del nuevo tiempo, se levantó eso que podemos llamar la cultura de la democracia, en la que incluiremos la literatura de la democracia, el cine de la democracia, el teatro de la democracia o las artes plásticas de la democracia. Como decía, aunque haga extensible el comentario a todas las manifestaciones culturales, habría mucho que matizar, pues no se da en el mismo grado en unas artes que en otras. Por ejemplo el teatro o las

artes plásticas, en mi opinión, han mantenido una ambición formal y una indagación crítica de la realidad muy superiores a la literatura o al cine.

Pero a lo que quería referirme es al lugar que la democracia otorgó a la cultura en el nuevo tiempo: un lugar secundario, en buena medida irrelevante en términos políticos, sociales, cívicos. Un lugar prestigioso, con visibilidad suficiente, incorporada como seña de identidad nacional, incluso como motor económico del país e imagen exterior de España. Pero irrelevante en lo que hoy nos importa.

Si durante el franquismo existía una cultura de resistencia, por supuesto no oficial, a menudo perseguida, clandestina, marginada o directamente exiliada, pero cultura de resistencia al fin, al llegar la democracia se consideró que ya no era necesaria como tal, que en democracia no hay que resistir, no hace falta contar con una cultura de resistencia.

De modo que se desactivó y fue sustituida por una cultura perfectamente inserta en los parámetros institucionales y económicos del nuevo tiempo. Así se hizo, hasta que ahora, cuando el país se enfrenta a su peor crisis, cuando hay ciudadanos que pensamos que es necesario resistir ante la ofensiva contra los trabajadores y contra el Estado de Bienestar, nos encontramos que no tenemos esa cultura de resistencia, que no encontramos en la cultura armas para construir esa resistencia. De ahí su fracaso, de ahí la inexistencia de esos dos elementos que deberían ser hoy centrales: la literatura de la crisis, que arroje luz sobre este tiempo de tinieblas; y la crisis de la literatura, que convulsione la novela desde sus cimientos y permita romper una inercia de décadas.

ISAAC ROSA
Escritor